



“Juan Jaramillo Antillón”

Conozca las obras ganadoras de nuestro certamen literario

- *Compartimos “La Niña del Rosario”, del Dr. Fernando Guevara. Primer lugar*

LA NIÑA NINA DEL ROSARIO

-Edmundo Etchegaray

Ella se llamaba Evangelina, pero todo el mundo la conocía por Nina. Estaba casada con Luis, a quien también todo el mundo lo conocía por tío Luis, a pesar de no tener sobrinos. Ambos vivían en una pequeña casa de madera, sin pintura, sin cielorraso, con compuertas hechas de tablas en lugar de vidrios en las ventanas y con piso de tierra. Tío Luis se dedicaba a trabajar como guarda en un motel de las inmediaciones y de cuando en vez ayudaba en un garito de por ahí, propiedad de un buen amigo de toda la vida. Nina vivía en su cama desde hacía treinta y cinco años, y ya había cumplido los setenta. Se había caído de una silla tan alta que apenas le llegaba a la rodilla, y ella era bien baja de estatura. Pero ese día que se cayó la suerte le puso en el camino la mesa a sus espaldas y contra ella se golpeó el cuello al caer. Desde entonces no podía sino mover sus brazos y la cabeza. Sus piernas quedaron tullidas para siempre.

De tanto estar acostada en la cama, las carruchas de su espalda comenzaron a torcerse y eso empeoró su estado. Se adelgazó muchísimo y en la espalda, las caderas y hasta en los talones tenía úlceras que aparecían y desaparecían y casi siempre se le infectaban. Tío Luis tenía que recurrir a trabajar horas extras para poder conseguir la plata necesaria para la compra de remedios y a veces hasta para llevarle un doctor a que la revisara.

Tío Luis y Nina nunca tuvieron hijos. Peor para ellos. Tal vez con un hijo, una hija o varias crías, la vida habría sido más fácil. Tal vez Nina ni siquiera se hubiera caído de esa silla cuando estaba tratando de poner en una repisa sobre la cama un cuadro del Corazón de Jesús. Tal vez un hijo o una hija hubieran hecho eso por ella y Nina no estaría encamada. Cuando esa tristeza de accidente le pasó, no había tanto invento y adelanto en la medicina. Lo más que pudieron hacer por Nina los doctores fue darle consejos para que tratara de llevar de la mejor manera lo que le quedaba de vida y le recomendaron comprar una silla



de ruedas y hacerse de una cama y un colchón especiales. ¿Con cuál plata? Lo que había apenas si daba para que los dos comieran y pudieran pagar la electricidad y el agua. Ni siquiera se podían dar algún gustillo alguna vez.

Tío Luis tuvo que echarse encima toda la responsabilidad por todo. Antes del accidente Nina solo se dedicaba a la casa, pero estando ahora inválida no había más remedio que Luis hiciera lo que a él le tocaba y además dedicarse a las tareas domésticas. Antes de irse a trabajar, tenía que dejar desayunada a la esposa, dejarle listo su almuerzo y colocarlo a la par de la cama, dejar a Nina aseada y bañada y la casa a medio arreglar. Cuando regresaba, tenía que volver a asear a Nina, recoger trastos sucios y lavarlos, preparar la comida y después lavar y planchar alguna ropa y dormir en un sillón, porque si lo hacía en la misma cama que Nina, arriesgaba amanecer orinado o atollado de otra cosa. En esos tiempos los pañales desechables y esas cosas no existían.

Con la compradera de medicinas y pagos a doctores, la plata cada vez se hacía más escasa. Tanto llegó a faltar que no quedó otro remedio que dejar que les cortaran la electricidad y tuvieron que seguir cocinando con leña en un anafre y alumbrándose con candelas. Apenas si se podía sacar el coste para el recibo del agua. Para ayudarse, una vecina les recomendó que Nina se dedicara a hacer rosarios por las ánimas y que cobrara por cada rosario.

Puesto que estaba en cama todo el día y toda la noche, ahí podía estar rezando sin problema y sin distraerse. Si los padres de las iglesias cobraban por hacer misas, ¿por qué Nina no iba a cobrar algo por hacer rosarios para los muertos? Las misas solo los padres podían darlas, pero los rosarios cualquiera podía rezarlos. Mucha gente andaba pagando para que los padres claretianos hicieran los rezos, en el rosario que se oía por la radio todos los días y, al final de cuentas, la única diferencia iba a ser que no se iba a oír por radio el nombre de los difuntos y para Dios eso seguramente no tenía importancia.

No había mucha oportunidad para ponerse a escoger. La idea no era tan loca, así que Luis y la vecina comenzaron a anunciar a sus conocidos que Nina podía estar haciendo los rosarios para difuntos, por una suma cómoda y más baja que la cobrada por los claretianos, que cobraban más porque sus rezos se oían por radio. Y la respuesta fue positiva. En pocas semanas comenzaron a llegar gentes hasta la casita de tío Luis y Nina, con papeles donde escribían los nombres de los difuntos, para



que Nina les hiciera el rosario. Tan rápidamente comenzó a regarse la noticia de que había una rezadora, que tío Luis tuvo que hacerse de un cuaderno para ir apuntando los nombres y las fechas y horas de los rosarios. Como la gente se enteró que la pobre Nina tenía mucho tiempo de estar encamada sin poder salir de su lecho y que ni siquiera había tenido hijos, comenzaron a llamarla la niña Nina, pero luego fue mejor conocida como la niña Nina del Rosario.

La situación comenzó a cambiar para el matrimonio. Con las entradas que tenían con el salario de tío Luis y las dádivas en efectivo que recibía Nina por sus rosarios, pudieron volver a tener electricidad, no tenían que rebuscar monedas para pagar el agua, podían comer mejor y hasta una cama nueva se pudo comprar para Nina y un catre para Luis.

Todo iba bien para esos dos, pero dicen que quien para clavo nace, del cielo le cae el martillo. Un día de tantos, estando tío Luis quemando basura en el patio, se le ocurre echarle un poco de canfín al fuego para avivarlo. Lo hizo tirándolo desde la garrafa de vidrio que lo contenía, con tan mala suerte que en segundos el fuego subió por el chorro hasta llegar a la garrafa y el botellón explotó. Aparte de quemarlo en buena parte del cuerpo, los vidrios y el fuego le dañaron los ojos a tío Luis, al punto de dejarlo casi completamente ciego. Podía ver solamente sombras borrosas en el día y de noche no veía absolutamente nada. En esas condiciones, no pudo ni volver a trabajar.

Ahora la tortilla se había dado la vuelta. Tío Luis no podía trabajar y era la niña Nina quien se dedicaba a conseguir la plata para que pudieran sobrevivir. Con la limitación de la vista que tenía tío Luis, todavía podía dedicarse a cosas sencillas en la casa, pero algunos detalles como planchar la ropa y cocinar se le hicieron demasiado difíciles. La misma vecina que les dio la idea de los rosarios les ayudó con el asunto de la cocinada, pero ellos tenían que darle dinero para que ella comprara la comida y se dejara algo por aquello del trabajo extra que representaba. Ahora la plata se iba en el pago no solo de medicinas y doctores, sino también de una especie de cocinera y mandadera y, otra vez, el dinero comenzó a escasear. Y de nuevo se tuvo que volver al anafre y a recortar gastos a más no poder.

Pero la fama de la niña Nina del Rosario no dejó de extenderse. Además, en esa casa ahora no solo vivía una tullida, sino también un cieguito, y eso les removió el corazón a los creyentes, que con más razón llegaban a solicitar los servicios de la



niña Nina. De toda la ciudad llegaba gente a encargarle rosarios. Como tío Luis no podía escribir por su problema de la vista, los mismos clientes le escribían en el cuaderno los datos que se ocupaban. Y tanta gente requirió los servicios de Nina, que los mismos padres claretianos comenzaron a notar un descenso en las solicitudes de sus rosarios radiales. No tardaron mucho en enterarse de lo que estaba pasando y en escuchar hablar de la tal niña Nina del Rosario.

El abad del monasterio envió a dos emisarios a buscar a aquella mujer rezadora para hablar con ella y ver cómo estaba haciendo eso de los rosarios y cómo podía echarse encima tantos rezos. Los dos sacerdotes seleccionados dieron con facilidad con la casa y comenzaron a interrogar al tío Luis y a Nina sobre la forma de trabajar en aquella especie de negocio. La explicación era muy fácil: Nina tenía el cuaderno donde estaba apuntado el nombre completo del difunto y la fecha en la que el cliente quería el rosario. Nina hacía grupos: los agrupaba por fecha y según los horarios que había preparado y, además, los acomodaba en orden alfabético; de ese modo podía rezar por más de un ánima a la vez.

Antes de comenzar a orar, elevaba a Dios una plegaria para que aceptara sus rezos y luego decía en voz alta los nombres de cada persona encomendada. Así de sencillo. Había ocasiones en las que podía rezar por diez o quince fallecidos, y tenía rezos tres o cuatro veces por día, incluyendo sábados y domingos. Tan solo en el día de difuntos rezó para casi cien personas, en turnos de cinco rezos. El pago que recibía por cada cliente variaba, pues no había una tarifa fija. Cada uno le daba lo que a conciencia creía que debía, pero generalmente eran suficientes monedas, aunque un poco menos que las cobradas por los claretianos. Sin embargo, no faltaba quien diera mucho más, luego de ver las condiciones en las que vivían tío Luis y la niña Nina, considerando además que ambos eran lisiados. ¿Cómo se garantizaban los usuarios que Nina efectivamente efectuaba los rezos? No había necesidad de comprobación alguna: la niña Nina del Rosario no podía ser sino una santa en potencia por su estado y por el tipo de servicio que brindaba a sus semejantes. Una impedida como ella y un ciego como aquel, no serían capaces de engañar a nadie.

Con esta información se enteró el abad del detalle de lo que estaba sucediendo. Contrario a lo que se pensaría, el abad no tomó esto con buenos ojos. Quién sabe si por celos profesionales, por dudar de la veracidad de cumplimiento de Nina o por



un sentimiento de que se estaba mercantilizando demasiado con el santo rosario, pero por lo que fuera, el abad presentó el caso ante el obispado y solicitó la intervención en el asunto, a fin de ponerle un alto.

El obispado, a su vez, requirió el consejo legal de los abogados de la Curia, quienes después de mucho revisar leyes y reglamentos, definieron que no existía ley alguna que explícitamente prohibiera tal actividad. Tampoco encontraron ningún canon eclesiástico que pudiera impedirla. Sin embargo, había una vía legal que podría ser considerada: al estar funcionando eso como un negocio cualquiera, donde un cliente solicitaba un servicio y un proveedor se lo suministraba, manteniendo incluso un registro de los servicios prestados, tal ejercicio debía sufragar tributos sobre la renta que generaba, cosa que consideraban poco probable que tío Luis y la niña Nina estuvieran haciendo. Así pues, los abogados de la Curia presentaron la queja ante los señores de la Oficina de Hacienda, quienes se apersonaron en la casa de Nina, hicieron la investigación del caso y regresaron a rendir el informe al jefe del Departamento de Tributación.

Este revisó con detenimiento la situación y, pensando que todo el embrollo había nacido de la denuncia planteada por la Iglesia y que el poder eclesiástico llegaba incluso a rozar los poderes legislativos del país, no quiso verse metido en un problema que eventualmente pudiera costarle el cargo. Así que envió a dos de sus inspectores a clausurar ese particular establecimiento. Cuando los funcionarios llegaron a la casa de tío Luis y de Nina, no supieron cómo ejecutar la indicación del cierre. Aquello era una muy pobre casa de habitación y no había forma de cerrarla, sin dejar a sus moradores como prisioneros adentro o como indigentes afuera. Discutieron entre ellos y no pudieron llegar a tomar ninguna decisión, mientras tío Luis y la niña Nina los escuchaban atentamente hablar en sus términos legales. Finalmente, uno de los inspectores tomó la decisión de colocar un rótulo de letras negras y fondo amarillo en la puerta de la casa, que decía “CERRADO POR INDICACION DE LA OFICINA DE HACIENDA – CIERRE TÉCNICO POR MOROSIDAD”.

Los usuarios de los servicios de Nina continuaron llegando y no entendían, no obedecían o no prestaban atención al rótulo. Por su parte, tío Luis y Nina continuaron con lo que hacían, con una única diferencia: los clientes debían ingresar por la puerta de atrás, pues la puerta del frente de la casa tenía un “cierre técnico”, sea lo que fuera que significara eso.



Pasaron los días y los padres claretianos notaron que no aumentaba la cantidad de rosarios solicitados por sus feligreses, como era de esperar luego de lo sucedido con Nina. Así que el abad nuevamente envió a sus colaboradores a ver qué sucedía. Y lo que sucedía se hizo evidente. El abad se mostró esta vez verdaderamente disgustado, así que decidió visitar personalmente aquel lugar y de una vez por todas hacer que aquellos infieles suspendieran sus actividades comerciales en las que utilizaban como producto el venerable rosario.

Acompañado de su secretario, el abad entró a la casa de tío Luis y de la niña Nina, por la puerta de atrás obviamente, y encaró al matrimonio. Con evidente acento español, el religioso increpó a los viejos, les ordenó cesar con aquellas acciones desalmadas y hasta los amenazó con la excomuniación. Tanto tío Luis como Nina se mantuvieron callados a lo largo de la perorata, ella en la postración de su cama y él sentado en una silla a su lado, tomados de la mano.

Cuando se terminó la arenga, el abad esperó escuchar la aceptación de sus indicaciones, cuando en ese preciso momento, sin aparente razón alguna, la imagen del Corazón de Jesús que estaba en una repisa sobre la cama, la misma imagen que la niña Nina del Rosario colocó para luego caer de espaldas y quedar tullida, esa misma imagen también cayó de la repisa y aterrizó sobre la cama de Nina, justo a su lado izquierdo y sin tocar a la mujer. Quedó boca arriba, mirando hacia el techo sin cielorraso. La escena era inverosímil: una mujer inválida acostada, delgada y ulcerada y sobre una cama, a la derecha tomada de la mano de un viejo encorvado y ciego y a la izquierda una imagen del Corazón de Jesús, siendo esta como abrazada por la anciana. Tanto el cura mayor como su secretario quedaron en silencio.

Tío Luis y la niña Nina ni se movieron ni se inmutaron por lo sucedido. El sacerdote, después de un minuto de silente vacilación, levantó su mano derecha y dibujó en el aire la señal de la cruz, dio media vuelta, salió de la casa por la puerta del frente y se marchó acompañado por su secretario, no sin antes arrancar y llevarse consigo el letrero amarillo con letras negras. Ese fue el último día que por la radio se transmitió el rosario de los padres claretianos.